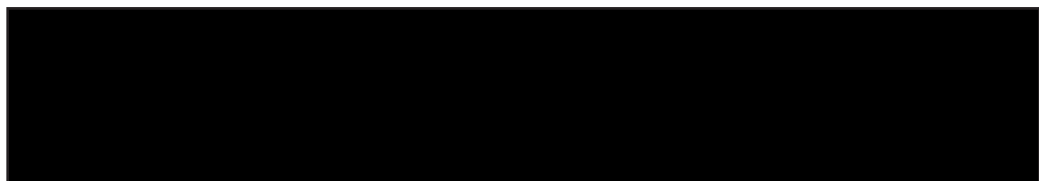


NUNCA MÁS DESARMADO



La violencia revolucionaria rompe con el monopolio de la violencia y de la represión del Estado

Declaración política de Haris Hadzimihelakis

Para empezar, tengo que aclarar que este juicio lo considero un teatro más de guerra y la presente declaración política —porque se trata de una declaración política y no de una apología— es un acto más de enemistad, por parte del bando de las fuerzas revolucionarias. Ya he asumido mi responsabilidad por la pertenencia a la O.R. Conspiración de Células del Fuego. Por lo tanto, como un orgulloso miembro de la CCF, pero también como revolucionario y anarquista, percibo la ocasión de mi «declaración» como una tribuna para la difusión del discurso revolucionario y del desarrollo de mis posiciones políticas en torno a la guerra revolucionaria.

Para empezar quisiera referirme a la institución de la justicia. Desde los regímenes feudales, en los cuales la justicia se manifestaba a través del monarca absoluto, que poseía tanto el poder legislativo, ejecutivo y judicial, hasta los modernos Estados capitalistas occidentales, que al adoptar la separación de poderes inventada por Montesquieu, dividen e independizan entre sí a estos tres aspectos del Dominio. La institución de la justicia, siendo recaudadora y aplicadora de las leyes, constituye uno de los pilares fundamentales del Dominio, como también una institución más de incontenible explotación y opresión.

Está claro que la justicia era y seguirá siendo de clase. Basta con ver como las personas físicas que componen esta institución se enfrentan a los pequeños delincuentes, los toxicómanos, los parias de esta sociedad, a los cuales aniquilan condenándoles a años y años de cárcel con la misma facilidad con la que comen su desayuno. Pero en el mismo momento en que cualquier político, juez o empresario metido en líos —pero con doble prestigio y peso especial— no sólo se salva intacto, sino además con una sobrante arrogancia denuncia a aquellas, al fin y al cabo, aparentes y/o ficticias persecuciones, hechas para manchar su reputación. Pues, en el mismo momento en que todos esos viven y prosperan gozando un prestigio particular, 12.500 presos están amontonados en unas condiciones que ni animales hubieran aguantado. Presos que en su mayoría están en la cárcel debido al recrudecimiento de la violencia dentro de la misma clase, la clase baja. Una violencia dentro de la misma clase que se está produciendo por un lado dada la desigualdad económica que al aumentar cada vez más infesta a una gran parte de la población y por otro al ser el resultado de la institución de la propiedad que constituye una de las más fuertes piedras angulares del dominio capitalista. La institución de la propiedad, su estructura y sus particulares características llevan a la expansión de una compleja red de comportamientos sociales y valores explotadores que abarcan por completo el tejido social, como también una forma de pequeña autoridad, la cual podemos encontrar en la mayoría de los sectores sociales oprimidos y que se debe a la reproducción, desde abajo, de los modelos de comportamiento dominantes. De este modo, como consecuencia de esta institución, surge también el esperado sentimiento de inseguridad, que acompaña al frenesí consumista —que es el elemento principal del mundo capitalista moderno occidental— y produce la continua

acumulación de —en su mayoría comprados por medio de créditos— bienes materiales por parte de la pequeña burguesía. Las desigualdades económicas se están manifestando finalmente en forma de una delincuencia entre la misma clase. A esta delincuencia la temen los propietarios pidiendo más policía, sistemas de seguridad y protección. En esa continua demanda por seguridad, que de una parte contribuye a que el tejido social se vuelva más y más conservador y de otra produce una sociedad de seguridad y vigilancia reinada por la policía, encuentra en la institución de la justicia su razón de ser.

La guardiana voluntaria del orden existente, la moderna diosa Temis, una harapienta y deplorable figura que asume el «sagrado» deber de imponer el castigo a los transgresores de la ley, a los individuos que provienen de un tejido social roto en mil pedazos. Para aclarar mi propia posición en este punto, quiero decir que no tengo nada que ver con la pequeña delincuencia ni con el crimen cometido dentro de la misma clase. Al contrario: estas prácticas están a miles años de luz de mi código de valores. Y esto naturalmente, no por respeto a la institución de la propiedad, de la cual soy enemigo declarado, sino porque percibo la puntería como elemento básico y estructural de cada acción. Cuando los oprimidos en vez de oponerse al sistema capitalista, que es la fuente que produce la desigualdad, encuentran coartada en la explotación que sufren ellos mismos y en el aislamiento al que están condenados para luego golpear y robar, generalmente tratan a sus semejantes como enemigos. Según mi opinión, fingen no poder ver y actúan de manera ilusoria no pudiendo entender la verdadera magnitud del problema, los verdaderos culpables del crimen capitalista.

La justicia como institución, sin embargo, no funciona a un sólo nivel, reproduciendo relaciones explotadoras, aislando y marginalizando todavía más a los sectores sociales ya excluidos. Su papel más repugnante y hostil se concentra en la represión y la criminalización de los procesos y de las luchas revolucionarias/sociales. De las horcas de la Rusia pre-revolucionaria, a las condenas severas contra huelguistas radicales en la época vigorosa de luchas obreras en América del Norte, los años y años de aislamiento en las «celdas blancas» y sin acceso al sol en las mazmorras de Perú, Argentina y otras partes, hasta las «leyes de capucha»¹ y antiterroristas, el permiso de publicar las fotos de compañeros acusados por diferentes casos, las numerosas órdenes de busca y captura, la criminalización de relaciones de amistad y por compañerismo en casos políticos, especialmente en los últimos dos años, pero también las condenas aniquiladoras, de incontables años de cárcel, impuestas a los guerrilleros de la RAF, las Células Revolucionarias y el Movimiento del 2 de Junio en Alemania, las Brigadas Rojas en Italia, Action Directe en Francia, el MIL y ETA en España, IRA en Irlanda y el 17 de Noviembre en Grecia, los ejemplos, o mejor dicho las vivencias, incontables en lo que se refiere al modo en que la justicia burguesa afronta a los enemigos políticos de cada régimen y orden. La institución de la justicia utiliza cualquier posibilidad aproximada

1. «La ley respecto a la ocultación de las características faciales en las reuniones públicas», llamada «ley de la capucha» fue decretada en Grecia en los inicios del 2009 (siendo una de las inmediatas respuestas legislativas a la revuelta del Diciembre de 2008) y se la aplica desde entonces. De acuerdo con ella, la acusación de «taparse la cara» se convirtió de una falta en un delito grave.

y cualquier margen legal, cuando se ve enfrentada a los negadores del sistema. La justicia, la cual constituye una inseparable y esencial parte del sistema, representándolo y siendo a su vez uno de sus pilares fundamentales.

La fina línea de memoria histórica, a la vista del primer juicio por el caso de la O.R. Conspiración de Células del Fuego, corta mi propio recorrido en el espacio/tiempo revolucionario, mientras que el pasado se reúne con el presente en una sala judicial. Por lo tanto, tengo que declarar por mi parte que estoy totalmente en contra de todo lo que este juicio representa y en contra de la institución a la que hace servicio; además, voy a luchar mi vida entera y con todas mis fuerzas por su destrucción y para destruir los modelos de comportamiento y relaciones dominantes que ella reproduce. Como revolucionario y anarquista no estoy combatiendo por una justicia mejor o incorruptible, naturalmente tampoco por un trato más favorable. Todo lo que he mencionado tiene por único objetivo hacer destacar, una vez más, el papel vergonzoso de esa institución como parte del crimen mundial llamado capitalismo. Y esto tal vez las siguientes palabras de mis compañeros y hermanos de armas lo expresan mejor:

Combatimos a vuestra justicia no porque sea simplemente injusta, sino porque el código de valores del sistema que ella representa es enemigo del nuestro. Y no puede haber ningún juicio objetivo y ningún juez capaz de juzgar este conflicto. Son vuestros valores contra los nuestros. Los profesionales del derecho no caben en nuestra percepción y visión del mundo. Y si alguien nos pregunta «y entonces, ¿qué es lo que queréis?» le responderemos que aspiramos a colgar a los administradores de ese sistema en el muro, y eso no para reemplazarlos y establecer algún concepto de justicia «más puro» (juicios imparciales, leyes justas, condenas «razonables») sino sólo y únicamente para asumir el intransigente «deber» de aclarar las cuentas como un honrado acto de hacer justicia por sí mismo.

Conspiración de Células del Fuego

Resulta muy claro que una institución que identifica la ley impuesta desde arriba con «lo justo» como valor universal, es para las fuerzas revolucionarias una enemiga *a priori* y merece ser destruida por completo. Este derecho surge de un determinado código de valores, de una ética bien concreta y por lo tanto no puede ser objetivo. Al contrario, la subjetividad de valores es lo que conduce a una subjetividad de justicia como tal. Las salas judiciales, los jueces, los fiscales y todos aquellos que sirven a la justicia como institución representan el código de valores moderno, es decir, son consecuencias de la misma moral dominante. Y frente a esa moral dominante que enjaula el derecho en una perpetua lucha entre el bien y el mal como axiomas objetivos, que no se da cuenta del continuamente alternado y redefinido concepto de justicia y que, al fin y al cabo, encarga a una casta como los jueces y fiscales a los cuales presta una dimensión casi divina de administrar y manejar las legislaciones impuestas desde arriba, yo propongo tomar la justicia

en nuestros propias manos. Una auto-justicia revolucionaria, como una práctica honrada y sin mediadores, que encuentra la dimensión humana de la ley y no reconoce a nadie el derecho de imponer su voluntad sobre mi vida.

Las salas judiciales finalmente funcionan en el marco de un *de jure* procesamiento de los —según la lógica del sistema— casos criminales. Sin embargo los verdaderos criminales hoy en día son los mismos partidarios del régimen burgués-demócrata y el verdadero crimen global no es otro que el mismo sistema capitalista.

El sistema capitalista está basado en la explotación y la opresión de seres humanos por otros seres humanos, teniendo como objetivo la permanente producción de beneficio y enriquecimiento de una pequeña casta a espaldas de la aplastante mayoría de la población mundial. El capitalismo fue representado tanto por regímenes totalitarios y fascistas como por un modelo burgués-democrático que encontramos también hoy en día en todo el mundo occidental. La democracia burguesa, siendo la expresión representativa del capitalismo, es el sistema político que llevando una fachada liberal apoya y afirma su extensa dominación. Es un sistema basado en la promesa de cumplir la voluntad del pueblo como condición inviolable. Naturalmente una falsa condición que significa que las masas una vez cada cuatro años van a las urnas electorales, donde eligen qué escoria jugará mejor el papel de mediador, de líder y de especialista para todo, luego le entregan a éste las riendas de sus propias vidas a cambio de una conciencia vendida o, en mejor de los casos, de algún pequeño favor. Un sistema que tiene sus fundamentos cimentados por la maravillosa cooperación entre empresarios, contratistas, armadores, jueces, periodistas y sus interrelaciones con el mundo de la política. En cada caso, esas ramas de profesiones son las que alimentan con su personal el liderazgo político. Está muy claro que el sistema político está estructurado así para defender los intereses de la gran burguesía y por consiguiente está «cortado y cosido» a la medida del régimen capitalista. La democracia burguesa no es la voluntad del pueblo. Es la técnica y la ciencia que utiliza el Poder para no ser percibida como opresiva. Los intereses de las clases dominantes siguen gobernando sin evidenciar la abierta brutalidad de los regímenes absolutistas. Pero, en el momento en que la violencia bruta queda emplazada por la obscena propaganda mediática, en el momento en que la enajenación ahoga a cualquier reacción, en el momento en que el silencioso consenso cubre el vacío dejado por el miedo a la represión, la democracia está reclamando su parte en la de por sí encubierta y refinada aunque no menos obscena brutalidad.

Paralelamente, la democracia burguesa tiene la particularidad de difundir las relaciones explotadoras y autoritarias en todo el tejido social. De este modo se crea una sociedad que lo único que hace es copiar la moral dominante y los elementos estructurales del régimen capitalista. El enriquecimiento fácil, el deseo (si no obsesión) por la escalada social, representación de unos enajenados y decaídos comportamientos como modelos ideales a seguir, la manía consumista, el acomodamiento, el egotismo y el interés propio constituyen todos productos derivados de una sociedad basada en el espectáculo y en la ilusoria prosperidad capitalista. Todas estas

conductas sociales y muchas otras más, reproducidas por una gran masa de súbditos crean una compleja red de relaciones autoritarias que garantizan la estabilidad del capitalismo.

La escalada de una clase media y su consolidación como la expresión principal del conjunto social constituyó el presagio del atontamiento social y de la indolencia del espectáculo. La masiva llegada de inmigrantes a inicios de los años '90 (la caída del Bloque del Este y sus regímenes socialistas) había creado una nueva clase social que sustituyó a los obreros griegos como una nueva base productora. Cabe señalar que este flujo migratorio en gran medida se debe al saqueo de los recursos de los países de Oriente Medio, África, Asia y América Latina. Una economía globalizada que precisa de un proletariado moderno y globalizado. La explotación que sufren los llamados «países subdesarrollados», con su mano de obra barata, las terribles condiciones de vida y las abundantes riquezas naturales, garantizan la opulencia y el progreso del mundo capitalista occidental. Una opulencia que, no pudiendo ser asegurada por medios «legales», lo hace causando guerras imperialistas que a su vez llevan a las poblaciones de estos países a una degradación todavía más grande y así los desesperados inician un viaje sin garantías de éxito hacia las metrópolis de Occidente, a donde llegan por centenares y centenares.

La siempre diligente clase media toma la oportunidad que le ofrece la existencia de esta nueva base productora, que conectada con las mínimas garantías de ganancia económica —resultado de, por lo menos un aparente, «estado social»— le ayuda a escalar y convertirse en una clase de pequeños propietarios y patrones. Esta forma de pequeña autoridad, conectada con un efímero acomodamiento y eyaculaciones nocturnas de consumismo que acompañan a los incontenibles prestamos, fue la chispa que causó la creación de un sector social descolorido, inodoro y completamente sumiso. La conciencia vendida de grandes partes de la población, su abrazo al ídolo Mammon, la ideologización de la inactividad y, naturalmente, la idealizada proyección de un moderno estilo de vida robotizado y convertido en ovejas, sin rastro alguno de responsabilidad, iniciativa o voluntad individual, fueron reflejados en miles de pasivos espectadores que se deshicieron de sus últimos restos de dignidad, se pusieron a mantener y reforzar al mismo tiempo la máquina capitalista.

No obstante, los últimos años estamos percibiendo una curva más decisiva en la historia del capitalismo. La crisis financiera más grande por la cual ha pasado la economía mundial, siendo de hecho una crisis de sobreacumulación del capital y hiperinflación del sector financiero, hace inaguantable para la máquina estatal el peso del sector financiero. Amenazada con caídas de los intereses económicos, se dirige de nuevo hacia la base productiva, hacia la gran masa de los asalariados, exprimiendo a la clase media y baja con el objetivo de salvar sus propias ganancias y sobrevivir. De este modo las desigualdades sociales se están expandiendo todavía más, ya que la clase media, ese producto del siglo XX, pierde aquellos privilegios (sobre todo del carácter económico) que como su razón generadora constituían una eficaz trinchera entre los poderosos y las clases bajas. Los cambios que experimenta el tejido social a nivel

estructural, pero también el de las condiciones materiales de vida a causa de la crisis económica y de las continuamente ajustadas condiciones de opresión que le acompañan, son radicales. En Grecia, la presencia del FMI, un organismo cuyo nombre está entrelazado con la bancarrota y la tiranía sobre las «economías problemáticas» en todo el mundo, unos ejemplos característicos serían Argentina o, más recientemente, Hungría e Irlanda, señala el comienzo de una nueva época respecto a los límites del modelo capitalista. En Grecia, en nombre del perenne progreso del Capital y teniendo como objetivo salvar los intereses de los bancos y grupos de empresas, se está aboliendo toda una serie de beneficios sociales, que fueron usados en el pasado como el precio a pagar por la propia inactividad, a nivel general. La nueva realidad que se está configurando trae unas condiciones totalmente miserables, parecidas a las que reinan en los países de la periferia capitalista. La aparente opulencia de las últimas dos décadas se está derrumbando, dejando al desnudo la miseria del régimen capitalista, también la ausencia de imaginación en la mayoría de la población, la que vendió su conciencia a cambio de unas mínimas garantías materiales y a cambio del sueño de un reconocimiento social.

Pasando a la cuestión de cómo, según mi opinión, las fuerzas revolucionarias tienen que manejar una situación como la que describí, en primer lugar debo aclarar ciertos puntos respecto a mi propia posición política como también a la manera como percibo la actual realidad social. La Conspiración de Células del Fuego desde el primer momento de su actividad, dejó claro que la opresión la entiende no sólo como una condición producida por el Dominio sino al mismo tiempo como unas conductas sociales reproducidas desde abajo y como comportamientos difundidos por todo el tejido social. Y eso porque para la supervivencia del capitalismo se precisa no sólo que los poderosos impongan reglas de explotación sino también que los oprimidos mismos las acepten. Sin embargo, para la aceptación de las degradantes condiciones de esclavitud moderna se requiere un conjunto social enajenado y pasivo. Por esto, como organización, promulgamos la conciencia revolucionaria como un arma contra el poder capitalista y al mismo tiempo como la fuerza motriz de subversión. Uno percibe que el desarrollo capitalista como resultado de la crisis económica, quizás que tenga una garantía material referentemente a las condiciones de supervivencia de un enorme sector de población, pero no es este mismo el responsable de la miseria de nuestras vidas. La opresión está implantada, forma parte integral de las estructuras capitalistas y del modelo estatal, no importa que condiciones haya. Hasta en los tiempos de la aparente prosperidad y del consenso neoliberal no es la esencia misma de explotación lo que cambia, sino solamente los términos bajo los cuales se la está imponiendo. Como dijo Guy Debord, «el problema no es que la gente viva más o menos pobremente, sino que viven de un modo que escapa siempre a su control». Respecto a la acción y la práctica revolucionaria, a este nivel, personalmente a mi no me importa tanto si las condiciones son «maduras» o si el consenso social queda sustituido por la indiferencia pasiva.

En cada caso es cierto que las condiciones de inestabilidad y polarización política son totalmente deseables, ya que obligan a esa enorme masa de «los que no toman

parte en nada» y los «permanentemente indiferentes» a posicionarse. Además, no es fortuito que la ya indispensable condición para asegurar la llamada «paz social», sea la estabilidad política que a su vez garantiza el normal funcionamiento del sistema.

Bajo estos marcos, el papel de las fuerzas revolucionarias consiste en radicalizar a las minorías rebeldes, organizarlas en un firme frente revolucionario, señalar las conductas enajenadas y a su vez también la sumisión y la indiferencia, herir a los enemigos internos, sembrar la violencia insurrecta y finalmente la polarización claramente orientada hacia la subversión. Naturalmente que para hacer realista una posibilidad así, es decir, para que exista la colectivización de las conciencias hacia una dirección común, antes que nada y sobre todo los sujetos que toman parte de tal proceso tienen que poseer conciencia individual. Por esto, la cuestión principal es la responsabilidad individual de cada uno y una respecto a cómo y en que grado están percibiendo su propio papel dentro de la continuidad capitalista, como también su ánimo y, paralelamente, la urgencia por el conflicto con lo existente, con el objetivo de bajarlo totalmente de su cruz.

Nuestra arma en tal proyecto no sería otra que la acción polimorfa, entendiéndola como la propaganda política, las marchas, las charlas, los debates, las ocupaciones, los sabotajes, las expropiaciones pero también la lucha armada. La autoorganización, la anti-jerarquía, un modo de accionar no mediado (alejado de identidades propias de partidos y politiquerías), las estructuras horizontales, las decisiones colectivas, la igualdad, la solidaridad, el modo de pensar subversivo y, naturalmente, la ética revolucionaria; éstas son las características, algunas de las cuales ya posee hoy en día el entorno anarquista/antiautoritario.

Dentro de este entorno, yo personalmente, había creado mi identidad política, había desarrollado mi conciencia revolucionaria, había encontrado compañeros, había colectivizado mis negaciones, madurado políticamente, participado en luchas con diferente carácter y objetivo, y finalmente fue el entorno anarquista el que al marcar mi recorrido como revolucionario, me llevó a tomar decisiones de las cuales estoy orgulloso y sigo honrando hasta el día de hoy. En detalle, haciendo un pequeño repaso de mi historia como parte de las fuerzas revolucionarias, estoy en el ámbito anarquista desde 2005. Este ámbito político reúne individuos y colectivos con puntos de vista diversos, conceptos de lucha diferentes y características distintas. A pesar de eso se concentra en torno a la percepción antiautoritaria y anti-jerárquica, estructuras autoorganizadas y, naturalmente, su objetivo es la revolución anarquista.

Conociendo por tanto la gente, formando gradualmente mi identidad política, empezando como escolar y luego como estudiante, tomé parte de todo tipo de actividades políticas. Las marchas escolares del 2005, protestas durante el Foro Social Europeo, las concentraciones contra las reformas educativas en 2006-2007, los fuertes disturbios y ocupaciones de escuelas, la solidaridad con los presos políticos (charlas, manifestaciones, etc.), mi participación en el Ateneo Autogestionado de

la Politécnica que desarrollaba muchos tipos de actividades diferentes dentro de la universidad pero también fuera de ella y, naturalmente, la revuelta del diciembre de 2008; esos fueron los hechos, entre muchos otros que posiblemente he olvidado, que marcaron mi trayectoria dentro del entorno anarquista. Todas estas experiencias de lucha, como también las relaciones compañeristas que desarrollé con gente a raíz de ellas, las dificultades y los éxitos, las victorias y las derrotas, las pérdidas y las conclusiones, las actitudes y las rupturas, la adopción de valores y las alianzas políticas, todo eso, siendo una continua y completa vivencia, ha marcado mi identidad revolucionaria y cimentado mis convicciones políticas.

Con el paso del tiempo y adquiriendo unas valiosas experiencias, se están configurando mis pensamientos revolucionarios y me estoy dando cuenta de la amplitud y del carácter de las opciones que se van abriendo ante mí. Finalmente llegue a tomar la decisión de dedicar mis fuerzas y potencialidades a la guerrilla urbana y a la Conspiración de Células del Fuego. Decisión de la cual estoy orgulloso y, naturalmente, no me arrepiento. Es decisivo para mi vida el momento en que había elegido la guerrilla urbana como expresión de lucha política que está promulgando la perspectiva revolucionaria tal como yo la concibo. Profundiza mi pensamiento crítico, permite evolucionar mis actividades y funciona como factor que hace más completa e integra mi persona, tanto a nivel político como existencial.

Pero antes de hablar de la guerrilla urbana, me gustaría decir un par de cosas sobre la violencia revolucionaria siendo parte inseparable del conjunto de la lucha. Como anarquista y revolucionario no reconozco ninguna de las falsas distinciones entre acción legal y acción clandestina. Naturalmente tampoco estoy abrazando la propaganda dominante que con angustia anhela encajar en cada expresión combativa e insurrecta, empujarla dentro de los marcos de la democracia burguesa. Además, la defensa de «declaración» está en correlación con la condena de «acto». Ésta, ni más ni menos, es la misma propaganda dominante que está tomando cuerpo, conduciendo hacia la invisibilidad, la inactividad y finalmente la desaparición de cada forma de reacción. Obviamente, al no reconocer la legitimidad política ni moral del sistema, no acepto que aquel, de cualquier modo, restrinja o limite mis actos. Al fin y al cabo, los límites de lucha no son determinados desde arriba, sino que quedan enmarcados y determinados por nuestra propia ética revolucionaria, como también por el objetivo de la destrucción total.

La violencia revolucionaria es justa y necesaria. Justa según mis propios principios y código de valores y necesaria por la sencilla razón que aquellos que tienen el Poder nunca lo entregaron —y nunca lo harán— voluntariamente y sin derramar sangre. «La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una sociedad nueva.» escribió Marx. Y la revolución es un violento proceso de derrocamiento de lo existente. Ya que los revolucionarios son enemigos del sistema en su totalidad y de todas sus expresiones, sería inconcebible si se moviesen en el marco de una pacífica reforma del mismo. Echando un breve vistazo a la historia global de los movimientos subversivos, nos daremos cuenta que cada cambio grande y esencial ha

llegado sólo y únicamente a través de unos procesos y luchas violentos. Así no sólo acepto, sino además prefiero cualquier forma colectiva o individual de expresión de la violencia revolucionaria —a condición de que esté de acuerdo a nivel ético— como un proceso para la propagación del objetivo revolucionario.

Estoy hablando sobre la propagación del objetivo revolucionario, cuando la actividad revolucionaria contribuye al proceso revolucionario rompiendo el monopolio de la violencia del Estado, radicalizando las conciencias y reacciones y consiguiendo, naturalmente, causar heridas al enemigo. La violencia revolucionaria causa heridas al enemigo, sea tras disturbios masivos o en forma de ataques guerrilleros, que tienen una garantía muy tangible y material, de ninguna manera despreciable o carente de valor. Una garantía material que no se mueve sólo a nivel de un improductivo simbolismo, sin que también dice algo sobre las pérdidas del potencial material y humano, que por sí mismo valen. Un banco destruido es un banco que no funciona, un coche patrulla quemado significa una patrulla menos, unos juzgados que sufrieron un ataque con bombas son unos juzgados inútiles, una unidad de antidisturbios apaleada es una unidad que al día siguiente no es capaz de hacer su obra «como Dios manda», etc. Un movimiento rebelde radical tiene que hablar el idioma del ataque, de la movilidad permanente y del continuo evolucionar. Y el idioma del ataque y de la guerra revolucionaria mide las bajas. Eso ciertamente no significa que no reconozca el valor simbólico de un acto. Al contrario, comprendo el tremendo papel que tiene la dialéctica de esta táctica, la cual no obstante debe ir junto a la eficacia y a las consecuencias de una herida.

Una consecuencia más de los violentos procesos revolucionarios es la radicalización que viene como resultado de la apropiación de tales prácticas por más y más gente. Y esa apropiación apareció a nivel masivo justo durante la revuelta de diciembre de 2008, cuando miles de personas distintas, provenientes de diferentes sectores sociales se encontraron en la calle, teniendo muy marcada una perspectiva insurrecta y violenta. La radicalización del amplio ámbito revolucionario a partir de diciembre se hizo evidente, tanto considerando creciente e intensificada la acción de las formaciones guerrilleras como el más general y difundido ánimo para el conflicto y la confrontación. Por tanto se hace evidente el papel esencial de los procesos violentos en la profundización y la agudización de las luchas subversivas y en hacerlas destacar como una naciente amenaza para el Dominio. Los actos de guerra en el ambiente urbano demuestran el papel enemigo del régimen, producen una polarización indispensable para una amplia perspectiva revolucionaria, dan a conocer la vulnerabilidad de los centros de poder del sistema tanto como la posibilidad de llevar a cabo unos eficaces ataques contra éste sistema y finalmente crean una situación de presión y fomento político continuamente tensa que funciona como factor desestabilizador para el régimen. Una desestabilización que a su vez funciona como herramienta decisiva en favor del objetivo revolucionario.

En fin, la violencia revolucionaria rompe con el monopolio de la violencia y de la represión del Estado. La legitimización de la violencia ejercida desde arriba junto con el intento de desdeñar, y también condenar a la violencia rebelde ejercida por los oprimidos contra sus tiranos, es una de las más potentes armas propagandísticas del sistema. El Estado democrático-burgués siendo representante político del capitalismo cimienta su poder con la explotación, la opresión y por tanto con la violencia, que es visible y directa o permanece encubierta pero igualmente despiadada. En *Prometeo encadenado*, la famosa tragedia de Esquilo, el Estado y la Violencia se presentan como deidades hermanas que juntas habían encadenado a los peñascos del Cáucaso al Titán Prometeo, sublevado contra el dominio del mundo por parte de Zeus. Del mensaje de aquella obra importante nos separan casi 2.500 años, no obstante todavía sigue siendo actual. La violencia y el miedo a represión por un lado, y la propaganda y la creación del consenso por otro, constituyen la más esencial bipolaridad autoritaria del régimen moderno. Y además, ¿cómo podría basarse en algo otra cosa que no sea la violenta imposición un sistema político que en nombre del beneficio suprime toda noción de dignidad y esencia humana, que aniquila y asesina en las calles, comisarías, cárceles, lugares de trabajo, fronteras marítimas y terrestres, que amontona la gente en campos de concentración modernos; que participa activamente o apoya las guerras imperialistas y las «intervenciones» con armas biológicas en los países de la periferia capitalista, que en nombre de la seguridad edifica una sociedad policial del control y vigilancia, que como valores promueve el egotismo, la apatía, la indiferencia, el culto al dinero, el chivateo, la mezquindad, etc.?

La expresión dominante de la violencia está siempre moralmente legitimizada. Por el contrario, cuando las víctimas de ese continuo e implacable proceso dejan de percibirse a sí mismas como tales y empiezan a rebelarse pidiendo para sí el papel de verdugo, se les llama criminales, marginales, dementes, encapuchados y terroristas. El concepto de «terrorismo» hoy en día tiene una particular connotación. ¿Y cómo podría ser diferente cuando «la guerra contra el terrorismo» no es nada más que un arma ideológica que sirve al Dominio mundial y su necesidad de propensión hacia el fascismo y el conservadurismo?

Pero, ¿qué significa el término «terrorista»? Luise Richardson en su libro *What terrorists want (Lo que los terroristas quieren)* define así el término: «terrorismo es tomar como blanco a los civiles simplemente con fines políticos, de manera deliberada y violenta». Si aceptamos la definición de esta académica, cuyos estudios están siendo utilizados por los servicios secretos, pero también por el Ministerio de Defensa de EEUU, un terrorista es sólo alguien que voluntariamente toma como objetivo dañar a la población civil en beneficio de un fin político. ¿Cuándo la CCF o cualquier otra organización revolucionaria ha apuntado a la población civil? La respuesta es, ¡naturalmente nunca! La puntería es un elemento estructural de la guerrilla urbana y de la violencia revolucionaria. La única razón por la que está siendo utilizado el término con una connotación tan determinada como la implicada en ese caso, es el intento de calumniar y

vaciar de cualquier contenido nuestra lucha política, intento de presentar a los sujetos que toman parte o apoyan tales prácticas como unos dementes, locos, criminales sedientos de sangre que atacan a todos, da igual a quien.

Ahora, si examinamos la etimología del término «terrorismo» veremos que proviene de la *fuerza-estado-del miedo-terror*². Por tanto deberíamos concluir que un terrorista es aquel que maneja y gestiona la fuerza del miedo, siempre con fines políticos. Y la pregunta crucial es: ¿Quién es el receptor del mensaje de terror? Porque si se trata de un gran sector de la población, como lo dice de manera explícita el Código Penal con el cual se me está juzgando, entonces terrorista es la élite político-económica, y eso a causa de la violencia que ejerce sobre el conjunto de oprimidos, la cual es innata con su existencia. Pero si el receptor del terror es la élite político-económica y los centros del poder, entonces no voy a rehusar sino que llevaré con orgullo «la etiqueta» de terrorista.

Porque la difusión del miedo, del miedo a la revuelta, del miedo a la acción radical, del miedo a la guerrilla urbana reflejado en cada persona que de manera consiente forma parte y apoya directamente a las instituciones autoritarias, finalmente la difusión del terror por el bando enemigo, es una condición no sólo deseable sino, según mi opinión, también indispensable para el beneficio de la revolución. En 1794 Robespierre definió el terror como «Justicia. Directa, segura y despiadada». Y el terror producido por la acción de las fuerzas revolucionarias y dirigido contra el orden del régimen, no es más que la consecuencia de nuestra política combativa. Es la justicia de la revolución.

La quintaesencia de esta política combativa es la guerrilla urbana y la lucha armada como una expresión particular de la violencia revolucionaria, cuyas características he analizado antes. Es el ataque organizado y orquestado contra el orden establecido político-económico moderno. Es por una parte —y en primer lugar— una opción política de ruptura y por otra un proceso de auto-realización y de auto-evolución para el revolucionario mismo. La opción política de ruptura consiste en una oposición directa contra el régimen bajo la forma de la práctica radical como trasmutación de nuestro discurso revolucionario. La coherencia, la organización, las heridas mortales contra los centros del Poder caracterizadas con eficacia y precisión, la difusión del discurso anarquista y del nuevo nihilismo como el culmine de la crítica de las armas —en la cual «las armas» no quiere decir necesariamente balas y pistolas, sino cualquier medio utilizado por los sujetos que les vaya mejor según el caso— como también la propagación y la promulgación de las prácticas revolucionarias constituyen aquellos elementos estructurales que componen la guerrilla urbana. Como proceso para realizarse a sí misma, por otra parte, la guerrilla urbana constituye una orgullosa opción y postura vital que propone la ruptura total y directa con

2. La palabra griega para terrorismo es *τρομοκρατία* y fue acuñada a partir de los vocablos *τρόμος* (terror, espanto) y *κράτος* (gobierno, Estado), por lo tanto si democracia significa «gobierno de pueblo» el término en cuestión podría traducirse como «gobierno del terror».

lo existente, una opción que habla el idioma de la revolución en tiempo presente. Un paso evolutivo esencial, ya que está rompiendo con una cotidianidad carente de sentido y ofrece al revolucionario la oportunidad de una actividad revolucionaria permanente y consecuente.

La guerrilla urbana, y en general la lucha armada, es una práctica históricamente afirmada y reconocida como medio de lucha por los movimientos subversivos de diferentes tipos, aproximaciones ideológicas-políticas y puntos de partida distintos. Constituye una expresión que va naciendo y desarrollándose, siendo parte de los polimórficos movimientos revolucionarios. Movimientos que, como cada uno y una puede fácilmente darse cuenta, al interactuar con las condiciones particulares vigentes en cada época, son el producto nativo de procesos socio-políticos que ocurren en momentos históricos específicos.

De este modo es natural que las organizaciones armadas esparcidas por el mundo y a lo largo de la historia, posean características y percepciones políticas distintas entre sí, dependiendo de los factores que había mencionado como también de la parte decisiva del factor subjetivo, es decir, de la esencia de las personas que las componen. Lo mismo vale también para la CCF. Una de las razones por las cuales asumí la responsabilidad política de pertenencia a la organización, es porque encuentro importante defender su historia y las opciones que hizo. No permito que su nombre sea arrastrado por el fango por los partidarios del sistema que con ansia intentan vaciar de cualquier sentido su lucha y, naturalmente, seguiré difundiendo su discurso particular, sus ideas y percepciones.

La CCF es un grupo guerrillero anarquista que tras organizadas estructuras del ataque promulga el objetivo revolucionario. Somos parte de un proyecto revolucionario que está basado en el presente y sus ojos se dirigen hacia el futuro, hacia el objetivo que es la revolución. Un objetivo que ponemos delante nuestro aquí y ahora, bajo la forma de acción directa y de actividad permanente. La CCF golpeó y golpea a las estructuras dominantes del capitalismo y de la democracia burguesa. Sus ataques se dirigen contra los complejos del Poder y contra las instituciones que apoyan al sistema. Para nosotros la puntería es una condición fundamental y necesaria en cuanto a nuestras actividades. Nos importa causar heridas al enemigo y tras continuos actos de guerra hacer destacar su vulnerabilidad. Lo hacemos de manera organizada y con coherencia determinada por la producción de nuestro discurso revolucionario que envuelve y va junto a nuestros actos.

Sin praxis la palabra no es nada. Se precisa la armonía del puño que golpea en la mesa, el sonido de la explosión, del disparo, para esta cocina mágica que en un momento crítico reúne todo el potencial de nuestra insumisión.

Jean-Marc Rouillan

La praxis es la forma más sagrada del discurso, la cual a su vez pone en su lugar y determina las opciones políticas de los sujetos que pasan a la acción. Nues-

tras propias opciones políticas son enemigas de este mundo en su totalidad. Cada aspecto del Dominio, cada relación basada en la explotación son nuestros enemigos. E independientemente de si se presenta o no alguna invisible posibilidad de un conflicto amplio y masivo, nosotros elegimos la lógica de la actividad inmediata y continua, siendo el objetivo la satisfacción y realización de nuestro yo individual y finalmente la colectivización del medio del proceso revolucionario. Un proceso que hará derrumbar la sociedad como la conocemos.

Con esta idea la CCF empezó a golpear utilizando artefactos incendiarios contra concesionarios de coches, bancos, empresas de seguros, servicios económicos y estatales, políticos, ministerios, partidos, iglesias, cuarteles militares, cárceles, maderos, sistemas de control y vigilancia, periodistas y pandillas fascistas. Los temas desarrollados en los comunicados de la organización cubren una amplia y variada gama. La dimensión económica del capitalismo y el papel de los centros del poder económico, las personas concretas que componen la élite democrática, como también el papel de los mecanismos en los cuales toma parte el complejo militar-policial (ataques contra el tribunal militar situado en la zona de Rouf y contra los objetivos militares realizados 29/10/08 y 2, 3 y 4/11/08 respectivamente), el papel de los periodistas, los medios de comunicación y de la propaganda, tanto como medio para lograr el consenso como proceso enajenador, el papel de los maderos, como también de los sistemas de control y vigilancia, la represión como un proceso que produce síndromes del miedo y la creación de una sociedad policial, la religión y su papel como máquina que somete y desprecia a la vida misma y la solidaridad internacional expresada con el ataque contra la Agencia Informativa Francesa (realizado 3/12/08 para los compañeros que llevaron a cabo sabotajes contra las líneas de tren) y contra el consulado de Chile (realizado 22/07/09 para el compañero Mauricio Morales Duarte que murió cuando la bomba que llevaba para colocarla en un cuartel policial explotó en sus manos). A continuación la Conspiración, juntando experiencias y adquiriendo vivencias como también debido al desarrollo de sus posiciones políticas y a la consolidación de su «puntería», decide evolucionar y subir el grado de su accionar. Así el 11/07/09 fue realizado un golpe contra la vivienda de Panagiotis Hinofotis, viejo fascista y ex viceministro del orden público pero también militar durante la Junta, el 2/09/09 un ataque contra el Ministerio de Macedonia y Tracia y el 23/09/09 el golpe contra la casa de Gerasimos Arsenis y Louka Katseli (siendo el primero una plaga para toda una generación joven que maldecía su nombre y siendo la segunda una digna representante del capitalismo que juega un papel importante en el gobierno actual).

No obstante, nuestra percepción política como CCF es que el Dominio no surge de una dimensión de los centros del poder, sino lo contrario: se expande a todas las estructuras sociales y va determinando a todas las relaciones y conductas. Por esto en nuestros comunicados señalamos esas conductas y actitudes como también las características que adapta el conjunto social, ya que agachar dócilmente la cabeza ante los tiranos a cambio de una opulencia capitalista artificial que no es nada más que mendigar unas migajas de la mesa de la élite económica.

Señalamos esas conductas justo porque nos parece importante hacer destacar que la supervivencia de un Sistema basado en la explotación está enraizada no sólo en la imposición desde arriba de un modelo dominante de gobierno sino también desde abajo en el consenso social, consenso que se muestra por medio de la indiferencia, la inercia, el miedo y la enajenación. Cuando las masas oprimidas venden hasta el último rastro de su conciencia creativa, cuando no son capaces de percibir su vida como una consecuencia y un resultado de las opciones que ellos mismos han elegido, cuando entregados a la droga del espectáculo se dejan arrullar en la idea de una utopía televisiva, cuando la vida privada, el egotismo, el sueño por el crecimiento social y la pequeña autoridad se convierten en un fin en sí mismo, cuando la indiferencia está alegada como postura vital, cuando la reivindicación se limita a una chulería falsa ante el más débil sin garantía, cuando el miedo es capaz de ser el freno del pensamiento y la práctica subversiva, cuando la violencia dentro de una misma clase sustituye el conflicto con el sistema del Poder, cuando la elección de un tirano de turno tras el proceso electoral sera percibida como «la lucha» y finalmente, cuando la pasividad y la sumisión encuentran un terreno fértil para consolidarse, entonces la coartada de la opresión es incapaz de ofrecer un refugio seguro a las opciones y la culpa de los explotados. Por esto nosotros nos negamos a ver el conjunto social como una permanente víctima que se merece la absolución total de sus pecados.

Por esto también profesamos el individualismo anárquico. Porque buscamos compañeros y hermanos de armas, que siendo la conciencia su arma toman el camino hacia el destino revolucionario. Porque sabemos que la conciencia y la ética revolucionaria son las condiciones necesarias para producir un proceso sano, anarquista y revolucionario como nosotros lo entendimos. Porque la revolución la consideramos en primer lugar una cuestión individual y sólo luego colectiva. Y esto porque creemos que cada uno y una es responsable de sus opciones y elecciones y de su propia postura vital. Porque no aceptamos que haya algunos capaces de actuar de manera revolucionaria mientras que otros no. Porque no nos percibimos como una vanguardia de la lucha a la cual algunas masas sin voluntad propia deben seguir, sino lo contrario: como sujetos que participan en los procesos de lucha, sujetos que colectivizando y convirtiendo sus negaciones en prácticas, aquí y ahora, tienen como objetivo la búsqueda de aquellas minorías que a su vez van a andar hacia el objetivo revolucionario, teniendo como arma el odio por la civilización dominante, odio por las estructuras y funciones de la sociedad como la conocemos. Individualidades rebeldes que juntas caminarán hacia la destrucción de lo existente, contrayendo lazos sanos y compañeristas, y promulgando los valores y los principios de igualdad, solidaridad, autocompromiso, autonomía, autoorganización y libertad.

Esta percepción es la que propone la CCF. La despiadada y diaria guerra contra toda forma de poder. La ruptura directa y total, alejada de las demandas y reclamaciones gremiales y desorientadoras. Negamos reconciliarnos con las actuales condiciones materiales de vida. No percibimos nuestras vidas simplemente como una

magnitud económica y tampoco las medimos con cifras y por esto no hablamos sobre sueldos bajos, sobre la falta de programas sociales o la degradación económica, sino al contrario: nos referimos a pobreza existencial, decadencia sentimental y ética, enajenación generalizada. No estamos mendigando unas condiciones de esclavitud más favorables sino que demandamos tener la última y absoluta palabra respecto a nuestras vidas y lo convertimos en praxis. Ayer, hoy, siempre, atacando bajo la égida estructura de la guerrilla contra todo lo que intenta reprimir, enajenar o corroer nuestros deseos y nuestra ética, nuestra integridad y nuestro carácter. Finalmente, deseamos la difusión y la promulgación de este tipo de acción hacia todos los que con honor, dignidad y valentía llevan a cabo la revolución como un desafío permanente, como un perpetuo viaje hacia el cielo limpio.

Así quisiera llegar a mi arresto que ocurrido el 23 de septiembre de 2009. Una operación de la Unidad Antiterrorista realizada en mi casa, en Halandri, termina con 4 detenciones. Yo, mi primo, su compañera y otro compañero/amigo, fuimos detenidos como miembros de la CCF. En mi casa encontraron un artefacto explosivo en construcción, el cual según la lógica del *modus operandi* surge como la prueba de evidencia que conecta a los detenidos con la organización. La completa ausencia de pruebas que podrían involucrar a cualquier otra persona aparte de mi mismo en la presencia del artefacto, o aún menos con la organización, lleva a los maderos en su cooperación con los medios de comunicación, a la necesidad de crear esa farsa del «piso franco», para poder basar en algo las persecuciones penales. Los medios empiezan a calumniar y pasar por encima de todo, hablan sobre la «desarticulación de la organización» y sobre arrestos masivos de sus miembros. Rumiano la insistencia de que se trata de un piso franco, emiten órdenes de busca y captura contra cualquiera que hubiese dejado sus huellas dactilares en mi casa, incluso si la visitó sólo una vez y hace años. De este modo, aparte de los primeros 3 encarcelamientos preventivos siguen también otras detenciones. Gente es arrastrada a los jueces de instrucción por los encapuchados de la Unidad Antiterrorista, aunque fuese sólo por una huella encontrada sobre el candelabro, un CD-ROM, un azulejo del baño u otras pruebas igualmente ridículas pero no por eso menos «irrefutables».

Las cosas sin embargo están muy claras. El único que sabía sobre el artefacto era yo. Mi entorno social, mis amigos y compañeros que venían a verme simplemente en un marco de relación social, no pueden tener responsabilidad por un objeto que estaba cuidadosamente escondido en mi casa y no estaba a la vista, obviamente tampoco su presencia ahí aboga que fueron miembros de la CCF. Además, el piso franco es un lugar con unas características bien concretas. Es una casa clandestina, con datos del dueño falsos, con gran cantidad de armas o explosivos y que está utilizada como base operativa. A una casa semejante tiene acceso sólo un limitado círculo de personas y no cualquiera que haya pasado por allí. Estas características distan mucho de las de mi casa, la cual está alquilada a nombre de mi padre y fue visitada por un montón de gente, de la cual algunos ni siquiera tienen algo que ver con el ámbito anarquista. Además, los mecanismos persecutorios mismos habían abatido ya la afirmación de que se tratase de un piso franco, puesto que solamente

ciertas personas de las que dejaron sus huellas dentro están acusadas de pertenencia a la CCF. La selección naturalmente no se hizo en base a pruebas subjetivas. El criterio fue el pasado de la gente o su postura e identidad política. Yo he asumido la responsabilidad política por mi pertenencia a la organización CCF. ¿Esto significa que el resto de los acusados tiene algo que ver con la organización simplemente porque me conocen a mí? Igualmente he dejado claro que el artefacto era mío y su presencia en una casa legal era de naturaleza preparativa, mi fallo personal. Pues, ¿una visita de carácter social basta para condenar a otros acusados por posesión de explosivos? Cuando uno o una va a visitar un amigo o conocido suyo, ¿busca si tal vez esconde algo en su estantería? No lo creo. Simplemente se trata de una condición cómoda que justifica las persecuciones penales a revolucionarios, pero también de gente que nada tienen que ver con la lucha, se los mete a todos en un mismo saco con unas acusaciones ridículas.

El caso de la CCF constituyó el comienzo de una serie de procesamientos y hechos que señalaron el contraataque represivo del Estado contra el avance y la radicalización de la corriente combativa del entorno anarquista en los últimos años. El creciente flujo de más y más ataques contra los objetivos-símbolos del Dominio, realizados por grupos y colectivos que componen la nueva guerrilla urbana, grupos con diferentes percepciones y análisis políticos, pero con un proyecto de lucha común, obliga a su vez al mecanismo represivo a evolucionar con sus medios y sus métodos, para poner freno al desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Si hacemos un breve repaso, especialmente después de diciembre de 2008 y el sosiego que llegó cuando la revuelta se había calmado, veremos que los compañeros jóvenes que se han amasado en tales procesos, optaron por continuar el camino del fuego en vez de retirarse a la tranquilidad sumisa. Paralelamente, las infraestructuras guerrilleras ya existentes intensifican su acción creando un intrincado complejo de agrupaciones combativas que van renovando y al mismo tiempo subiendo el grado de la apuesta revolucionaria. Esta agudización de la acción revolucionaria lleva, muy lógicamente, a una paralela agudización de la represión, ya que la máquina estatal se da cuenta de la peligrosidad de las prácticas revolucionarias, especialmente en un período caracterizado por la inestabilidad política.

La guerra revolucionaria significa que hay heridas en ambos bandos. Así, durante el último año y medio, una serie de casos y acontecimientos enmarcaron la política represiva. El hecho de poner el precio del 600 mil euros a las cabezas de los compañeros S. Seisidis, M. Seisidis y G. Tsironis poco después de nuestros arrestos, las masivas retenciones preventivas antes de las manifestaciones, los allanamientos de ateneos realizados con unos pretextos ridículos, las detenciones y el encarcelamiento de combatientes sin que hubiera ninguna prueba constituyente contra ellos, los arrestos de Lucha Revolucionaria y el clima de histeria antiterrorista, las persecuciones penales lanzadas contra el entorno cercano, de amistad, de compañeros o familiares de los combatientes Nikos Maziotis, Pola Roupa y Kostas Gournas que asumieron la responsabilidad política por su pertenencia a LR (al estilo de nuestro caso), el asesinato de Lambros Foundas, miembro de la misma organización, durante una actividad pre-

paratoria de LR, el disparo por la espalda a Simos Seisidis y la siguiente amputación de su pierna y, naturalmente, los arrestos de los demás hermanos y compañeros de la O.R. Conspiración de Células del Fuego, son algunos de los ejemplos evidentes.

Por lo tanto, se puede ver fácilmente que los procesamientos generalizados en el marco de nuestro caso son una parte del proyecto represivo más amplio que apunta directamente a las fuerzas revolucionarias y a su acción. Nuestra respuesta a un plan como este no puede ser otra que agudizar aún más nuestra acción y devolver los golpes, en cuanto sea posible con todavía más ímpetu y eficacia.

Ésta es también la posición que expresa la CCF. Además por esta razón, en estos últimos tiempos había desarrollado la perspectiva revolucionaria, subiendo todavía más el grado de su acción y su discurso, y golpeando con devastadores artefactos explosivos varios objetivos situados en la metrópolis. Los ataques contra la Aseguradora Nacional, el Parlamento, la concentración preelectoral del ex primer ministro Kostas Karamanlis, las viviendas de Mimis Androulakis y Marietta Giannakou, las oficinas de Amanecer Dorado, el campo de concentración de inmigrantes en la avenida Petrou Ralli, la cárcel de Koridallos y los juzgados de Tesalónica, los 14 paquetes incendiarios enviados a las embajadas y organismos internacionales, el paquete al (entonces) ministro de Justicia H. Kastanidis como también el golpe contra el Tribunal de Primera Instancia de Atenas, en el corazón de la metrópolis, eran la esencial dialéctica producida por la Conspiración cuando yo ya me encontraba encarcelado. Profundización de sus prácticas pero también de su discurso, constituye para mí el ejemplo de integridad para cualquier infraestructura guerrillera que verdaderamente desee promulgar el objetivo revolucionario. Es el rechazo directo a la lógica victimista, el rechazo a vivir con el miedo y la inquietud, el enfoque de sus propias fuerzas en la intensificación y la extensión de su accionar y finalmente también, la permanente agudización y continuación de la guerrilla urbana y de la guerra revolucionaria, alejada de conformidades y reconciliaciones.

Si alguien cree que ante la justicia burguesa voy a tener más mínimo temor, está equivocado. Si piensan que les voy a suplicar, arrodillado, por un trato más favorable, se están engañando a sí mismos. Sé muy bien que aquellos que se quedan intimidados al ver en nosotros un cuestionamiento absoluto de su mundo y el desprecio absoluto hacia el poder que poseen, son solamente ellos mismos. Porque nuestra persona, como también la persona de todo combatiente digno y todo combatiente que no retrocede, es la figura de la revolución. Una revolución que será el inicio del fin de la monstruosidad que mantienen con vida. Una revolución que arrollará, derribará y eliminará la sociedad en su presente forma.

Por esto aclaro que mi detención y encarcelamiento en las celdas de la democracia, no significan para nada el final de mis actividades revolucionarias. Al contrario: tengo como objetivo seguir convirtiendo mis negaciones en prácticas, difundiendo y promulgando las posiciones, tanto las mías como las de la organización, en torno a la lucha, la guerrilla urbana y la guerra revolucionaria. También por esto he asu-

mido la responsabilidad política por mi participación en la organización. Porque la coherencia y el orgullo de mis decisiones me lo imponen. Porque es importante para mí defender y proyectar la historia y las decisiones de la organización pública y claramente. Porque no quiero dejar que ningún gusano periodista construya su carrera con su nombre y reputación, intentando con afirmaciones groseras y viscosas calumniar, desdeñar éticamente y vaciar de contenido la acción política. Para mí es también importante el legado político que un arresto o un juicio dejan en la conciencia colectiva de las fuerzas revolucionarias.

Creo firmemente que la guerrilla urbana y la lucha armada no fueron derrotadas y que esto tampoco va a ocurrir. La desarticulación de una organización, los arrestos o incluso las muertes de sus miembros no bastan para borrar la llama de la insurrección permanente, que arde en los ojos de los que se pronuncian a favor de la guerra revolucionaria. Los análisis que reivindicán la derrota de la guerrilla, traduciéndola a números estériles, carecen de cualquier dialéctica histórica. Mientras los legados de cada proyecto sigan vivos en la memoria de los movimientos revolucionarios y de los combatientes, la lucha armada no será vencida. ¡Nuestra organización no será vencida! Y dijo la organización misma en el comunicado por el envío de los paquetes incendiarios a las embajadas y a las figuras de la política internacional: «La Conspiración jamás será detenida, porque no es simplemente una organización, es una corriente de ideas y a las ideas no se las puede detener...» mientras sigamos ininterrumpidamente y de manera firme combatiendo lo existente, mientras lo hagamos de manera práctica a través de nuestra lucha cotidiana, independientemente y a pesar del costo de mantener las opciones que nos hacen orgullosos; mientras nos neguemos a agachar la cabeza y a someternos; mientras sigamos luchando, ¡la apuesta por la revolución sigue más fuerte que nunca!

Cerrando mi declaración política quisiera dedicar con todo mi corazón a mis compañeros y hermanos, junto a los cuales ando y voy a andar a lo largo de un camino marcado por la dignidad, la libertad y la revolución, aquí un extracto de Tasos Livaditis:

16. *Y la primera noche entró en la celda un hombre que ha perdido su rostro y dejó en el suelo la farola que guardaba.*
17. *Y su sombra creció sobre la pared.*
18. *Y le preguntó: «¿Dónde has escondido las armas?»*
19. *Y aquel, nadie sabe si por coincidencia o tal vez para responder*
20. *Puso la mano encima de su corazón.*
21. *Y entonces le pegó. Luego entró otro hombre más que también había perdido su rostro y también le pegó.*
22. *Y los hombres que han perdido sus rostros eran muchos.*
23. *Y amanecía. Y anochecía.*
24. *Día cuarenta.*
25. *Y vinieron momentos en que temió en perder su juicio.*
26. *Y le salvó una pequeña araña en la esquina, a la cual veía incansable y pacientemente tejiendo su tela.*

27. Y cada día la iban rompiendo al entrar con sus botas.
28. Y ella cada día lo empezaba de nuevo. Y otra vez la rompían. Y empezaba de nuevo.
29. Hasta el fin de los tiempos.

NADA ACABÓ. LA GUERRA SIGUE.
VIVA LA CONSPIRACIÓN DE CÉLULAS DEL FUEGO.
VIVA LA FEDERACIÓN ANARQUISTA INFORMAL/ FRENTE
REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL
VIVA LA REVOLUCIÓN ANARQUISTA

La traducción del texto de Novatore fue añadida a este folleto, porque lo considero un importante aporte al desarrollo de la dialéctica revolucionaria-nihilista. Para evitar posibles malentendidos tengo que aclarar que la opinión de Novatore sobre la solidaridad no es acorde con la mía ni con la de la Conspiración como grupo, algo que además queda claro tras los textos que hemos sacado en el pasado.

Yo también soy un nihilista*

I

Soy individualista porque soy anarquista y soy anarquista porque soy nihilista. Pero percibo al nihilismo *también* a mi manera particular.

No me importa si su origen es escandinavo u oriental, tampoco si tiene o no una tradición histórica, política, práctica o una teórica, filosófica, intelectual, espiritual. Me llamo a mi mismo nihilista porque se que el nihilismo significa negación.

Negación de toda sociedad, de toda cultura, de toda regla y de toda religión. Pero no anhelo al Nirvana más que al desesperado y débil pesimismo de Schopenhauer, que es peor que el violento repudio de la vida en sí. Mi propio pesimismo es entusiasta y dionisiaco como una llama que prende fuego a mi opulencia vital, que desdeña a toda cárcel teórica, científica y ética.

Y si me considero a mi mismo anarquista individualista, iconoclasta y nihilista, es precisamente porque creo que existe una más noble y más integra expresión de mi llena de voluntad y abundante individualidad que, como río que está desbordando, desea extenderse, arrastrando con impetuosidad a los setos y diques, hasta chocar contra las rocas de granito, partiéndose en pedazos y disolviéndose a su vez. No repugno a la vida. La elogio y la canto.

* De la revista *Nichilismo de Milano*, número 4, 21 de mayo de 1920.

II

Quien renuncia a la vida porque siente que ésta no es más que dolor y pena y tampoco encuentra el heroico coraje para suicidarse es, según mi opinión, una figura rara y un hombre condenado, exactamente así como uno es un deplorable ser inferior si cree que el sagrado árbol de la felicidad es una planta torcida por encima de la cual todos los monos logran trepar en un futuro más o menos lejano y que en aquel entonces la sombra del dolor será despejada por fosforescentes fuegos artificiales del verdadero Bien...

III

La vida, para mi, no es ni buena ni mala, no es teoría ni una idea. La vida es una realidad y la realidad de la vida es la guerra. Para alguien que es guerrero nato la vida es fuente de placer, para los demás es simplemente fuente de humillación y pena. De mi vida no exijo más el alegre placer. No podría ofrecérmelo y ya no sabría qué hacer con el, ahora que mi adolescencia se ha ido...

En vez de eso exijo que me de el perverso placer del combate, el que me ofrece los afligidos espasmos de la derrota y las voluptuosas emociones de la victoria. Derrotado en el fango o vencedor en el sol, ¡canto a la vida y la amo!

No hay otro reposo para mi espíritu rebelde aparte de la guerra, así como no hay felicidad más grande para mi errabunda y herética mente que la afirmación sin obstáculos de mi capacidad de vivir y gozar. Cada una de mis derrotas me sirve sólo como un sinfónico prelude para una nueva victoria.

IV

A partir del día en que llegué a la luz, tras una fortuita casualidad la cual no voy a analizar ahora, iba llevando conmigo mi propio Bien y mi propio Mal. Esto significa: mi alegría y mi pena, todavía en un estado embrionario. Y ambos evolucionaron conmigo con el paso del tiempo. Cuanto más intensamente sentía placer, más profundamente percibía la pena. No puedes suprimir a una sin suprimir la otra.

Ahora he derribado la puerta y descubrí los jeroglíficos de la Esfinge. El placer y la pena son simplemente dos licores con los que la vida se está emborrachando alegremente. Por lo tanto no es verdad que la vida es un sucio y espantoso desierto en el que flores no florecen más ni las frutas rojas maduran.

Y hasta la más poderosa de todas las penas, una que conduce un hombre fuerte al consciente y trágico derrumbamiento de su propia individualidad, es sólo una robusta encarnación del arte y de la belleza.

Y vuelve otra vez la corriente humana universal con las cegadoras rayas del crimen que destruye y arrastra a toda la cristalizada realidad del limitado mundo de los muchos para elevarse hacia la absoluta e ideal llama y dispersarse en el interminable fuego de lo nuevo.

V

La rebeldía de un ser libre contra la pena es sólo el más íntimo, apasionado deseo por un placer más intenso y más grande. Pero el placer más grande aparece delante suyo únicamente en el espejo de una pena más profunda y se junta con él luego en un inmenso y bárbaro abrazo. Y de este inmenso y fructífero abrazo brota la noble sonrisa de uno que es fuerte, mientras que, en medio del conflicto, canta el más estruendoso himno a la vida.

Un himno tejido de ultraje y desprecio, de voluntad y grandeza. Un himno que vibra y palpita en la luz del sol, mientras que ello ilumina a las tumbas, un himno que resucita a la nada y lo llena con sonidos.

VI

Más allá del espíritu esclavo del Socrates que estoicamente acepta la muerte y del libre espíritu del Diogenes que cínicamente acepta la vida, se está alzando el triunfal arco iris sobre el cual baila el sacrílego aniquilador de las nuevas fantasmas, el radical destructor de todo mundo moral. Es el ser libre que sigue bailando por las alturas, entre el magnifico resplandecer del sol.

Y cuando las gigantescas nubes de la oscuridad tenebrosa se elevan desde los pantanosos abismos para impedirlo que vea la luz y bloquear su camino, aquel se abre el camino a tiros de su Browning o les para la marcha con la llama de su imponente fantasía, obligandolas a someterse como humildes esclavos debajo de sus pies.

Pero sólo aquel que sabe y ejerce la rabia iconoclasta de la destrucción es capaz de poseer el placer nacido de la libertad, de esta libertad única que se fecunda por la pena. Me levanto contra la realidad del mundo exterior por el triunfo de la realidad de mi mundo interior.

Rechazo la sociedad por el triunfo de mi Yo. Rechazo la estabilidad de toda regla, toda costumbre y toda moralidad por la afirmación de todo instinto que hierva con voluntad, toda emocionalidad libre, toda pasión y toda fantasía. Me burlo de todo deber y todo derecho para poder cantar la libre voluntad.

Desprecio el futuro para sufrir y complacerme con mi bien y mi mal en el presente. Aborrezco la humanidad porque no es mi humanidad. Odio a los tiranos y desprecio a los esclavos. No quiero y no ofrezco solidaridad, porque estoy convencido de que ella es una nueva cadena y porque estoy de acuerdo con Ibsen que el más solitario es el más fuerte.

Este es mi Nihilismo. Vida, para mi, no es más que un heroico poema de placer y perversión, escrito con las ensangrentadas manos de la pena y el dolor o un trágico sueño de arte y belleza.

Renzo Novatore

La CCF es un grupo guerrillero anarquista que tras organizadas estructuras del ataque promulga el objetivo revolucionario. Somos parte de un proyecto revolucionario que está basado en el presente y sus ojos se dirigen hacia el futuro, hacia el objetivo que es la revolución. Un objetivo que ponemos delante nuestro aquí y ahora, bajo la forma de acción directa y de actividad permanente. La CCF golpeó y golpea a las estructuras dominantes del capitalismo y de la democracia burguesa. Sus ataques se dirigen contra los complejos del Poder y contra las instituciones que apoyan al sistema. Para nosotros la puntería es una condición fundamental y necesaria en cuanto a nuestras actividades. Nos importa causar heridas al enemigo y tras continuos actos de guerra hacer destacar su vulnerabilidad. Lo hacemos de manera organizada y con coherencia determinada por la producción de nuestro discurso revolucionario que envuelve y va junto a nuestros actos.